

yen telescopios de este tipo han empezado a preocuparse por la posibilidad de entrar en el campo de los «gigantes». Ejemplo de lo que declinamos es la declaración de la Sociedad Max Planck, en Alemania, que ha señalado como absolutamente necesaria la construcción de un instituto de astronomía óptica de modernas dimensiones con un telescopio «gigante» (Alemania sólo cuenta en la actualidad con siete telescopios de más de cincuenta centímetros y con uno de abertura superior a un metro, pero no incluido en la serie de los «gigantes»). El proyecto de la Sociedad Max Planck tiene un coste próximo a los mil millones de pesetas y ya ha dado lugar a una serie de interesantes observaciones, realizadas para la localización del mismo. El telescopio debe ser construido en la medida de lo posible en el hemisferio Sur, a una altura mediterránea. Esto se debe a razones de observación, pues el uso de un instrumento tan costoso debe ser máximo y en Alemania sería difícil un buen aprovechamiento debido a la nubosidad y a la iluminación nocturna de ciudades circundantes. Australia, África del Sur y algunas regiones de Chile han sido señaladas como las zonas ideales para la localización de un telescopio; en ellas hay una garantía de que el 65 por ciento de las noches están totalmente libres de nubes, por lo menos durante seis horas. Por otra parte, el firmamento austral brinda a los astrónomos posibilidades de un interés superior para la solución de problemas astronómicos y cosmológicos que el cielo del hemisferio boreal. En el hemisferio Sur aparecen los próximos dos sistemas de «vía láctea» semejantes al de la Tierra, las nubes de Magallanes, y sólo allí parece que hay galaxias que atestiguan desplazamientos no descompuestos del rojo, y que tal vez puedan zanjar la discutida cuestión de la expansión del universo.

PANTOMIMA

SILENCIOSO, PERO NO MUDO

En España estuvo en noviembre del año pasado: actuó en Barcelona y Madrid. Pero no es un artista demasiado conocido fuera de Francia: sin embargo, Marcel Marceau está cualificado como el más importante mimo de la actualidad. En estos días, su programa de actividades está repleto: un papel en la versión que Vadim rueda de la «Barbarella» de Forest, un film dedicado a sus pantomimas, un libro de recuerdos encargado por un editor americano y un espectáculo en el que él será la estrella, a celebrar en el próximo octubre en un importante teatro parisino.

A sus cuarenta y tres años, Marceau se vuelve sobre su pasado y recuerda: en el año 1944 decide dedicarse al teatro. Asiste a las clases de Dullin; allí encuentra discípulos que luego serían nombres ilustres: Jacques Fabbri, Roger Vadim, Jean Vilar, Jean-Louis Barrault. Hizo luego figuración en una serie de obras de teatro. Por esa época se experimentaban formas teatrales nuevas a partir de la «commedia dell'arte», del circo, de las farsas paródicas. Marceau vio entonces las posibilidades de la pantomima: pero en esa época reinaba un tipo de mimo grave, austero, a medio camino entre la técnica perfecta y la voluntad de purismo. En

1947, Marceau creó su personaje, «Bip», una especie de Pierrot en lucha con la voragine de la vida moderna.

Tras algunos años de dificultades, Marceau fue reconocido: realizó giras por la U. R. S. S., Estados Unidos, Polonia, Japón..., en total llegó a actuar en cincuenta y dos países. Y en todas partes consiguió triunfar. «El mimo es el único lenguaje que todo el mundo puede comprender sin aprendizajes», dice. Rodó algunos films: «El abrigo», según la obra de Gogol, en Berlín Este, y en París: «Jardín públicos», de Paul Pavlov; «La historia de la pantomima», «El mundo visual de Marcel Marceau»...

«La pantomima —dice— es la creación de lo maravilloso y de lo invisible por el cuerpo. Es el único espectáculo que no permite la mentira. Los límites que se impone el mimo obligan a actuar mejor y diferentemente que un actor que habla: despojándose, renunciando a los accesorios, el mimo se enriquece. Silencioso, sí, pero no mudo. Se puede expresar todo sin tener necesidad de hablar. Sobre la influencia de la pantomima en las otras formas de espectáculo es contundente: «Hay huellas del mimo en el dibujo animado, en la comedia musical. El teatro se desembaraza cada vez más de los accesorios y de los decorados. Incluso mi corte de pelo, que se consideraba raro cuando lo adopté, hace diez años, es ahora el de los jóvenes cantantes».

La gran esperanza de Marceau, su gran ilusión, es que en Francia se pueda contar con el Teatro Nacional del Mimo, comparable a los que existen en Rusia y en Polonia: confía en que se le conceda la subvención prometida. Mientras esto llega, prepara el espectáculo que montará en octubre: «Los siete pecados capitales» y una sátira de la burocracia. En el trabajo le ayuda su mujer: es polaca, y también es mimo.

Información: LUCIEN RIOUX



LOS QUE SE VAN

ILYA EHRENBURG

A los setenta y seis años de edad ha fallecido en Moscú, víctima de un ataque al corazón que le había sobrevenido tres semanas antes de la fecha de su muerte, Ilya Ehrenburg, una de las figuras claves de la literatura soviética. Sus primeras novelas, muy influidas por la literatura realista alemana de la época, son, po-

ART BUCHWALD

UN JUEGO PARA VIAJEROS

Roma.—Viajar suele resultar muy aburrido, a menos que se practiquen juegos para pasar el rato. El escritor inglés Guy Elms, que vive en Roma, me enseñó uno que se llama "el juego de odiar a la gente". Según él, fue inventado por Graham Greene en un café de la Via Vittorio Veneto.

Elms me explicó el contenido del mismo.

—Usted juega en cualquier sitio público: una mesa de café, una estación de ferrocarril, un tren o en la terminal de un aeropuerto mientras espera el avión. Selecciona una persona cualquiera, a la que no conoce, y empieza a odiarla.

—No comprendo...

—Bien. Realizaremos el juego ahora. ¿Ve a ese hombre? Vamos a odiarle.

Elms señaló a un joven que se encontraba en otra mesa, leyendo un diario. Y dijo:

—Mírelo, el antipático. Sólo lee las páginas de deportes.

—A mí me parece normal...

Afirmó Elms:

—Es un miserable. Observe la forma como mira a las mujeres. Probablemente es un maniaco sexual. Apuesto a que a la policía le gustaría echarle el guante.

—En realidad, parece un mal individuo.

—Un mal individuo —rugió Elms, furioso—. Es un individuo peligroso. Mire cómo se rasca la oreja. No se ha bañado en varias semanas.

Me puse a estudiarlo. Mientras, una dama anciana se sentó al lado del joven. Este la besó en ambas mejillas. Y Elms exclamó:

—Me lo imaginaba: es un "gigoló".

—No —afirmé—, más bien parece que esa dama es su madre.

—Tal vez —reconoció Elms—. Pero es típico de él. Hace que su madre venga a buscarle a la Via Veneto, en lugar de ir a visitarla a su casa. Se siente demasiado importante para eso. Es ella la que tiene que venir a buscarlo.

Yo comencé a enojarme, y exclamé:

—Un hombre debería sentir más respeto por su madre...

—¿Se fijó usted —dijo Elms— que no le ha preguntado a la señora si quiere beber algo? Es probable que ella haya venido a pie desde la escalinata de la Plaza de España, pero eso no le importa nada a él.

Luego agregó:

—Ahora el camarero está trayendo algo para ella. Parece un "pernod". Ella se va a convertir en una alcohólica por culpa de él.

—¿Cree usted que él pagará la consumición?

—No, si puede evitarlo. Probablemente inventará alguna excusa para que ella tenga que pagar. Al fin y al cabo, ha estado haciendo eso toda su vida.

En esto, un hombre se detuvo ante el joven para saludarle. Elms se puso furioso, y dijo:

—Ni siquiera se molesta en presentárselo a su madre. Está avergonzado de ella.

Yo añadí indignado:

—Después de todo lo que ella ha hecho por él.

—Ahora está invitando al pobre hombre a sentarse con ellos —añadió Elms—. Puede usted imaginarse tal proceder. Presentarle un tipo como éste.

—No —grité colérico—. Estoy pensando en ir y abofetearle.

Elms se calmó de pronto y pareció perder interés por el caso. Se volvió y me dijo tranquilamente:

—Olvídese de todo. Sólo es un juego...

(Copyright 1967. The Washington Post Co. Dislido, por Editors Press Service, Agencia Zardoya)

siblemente, lo más vigente de su producción, lo mismo que su libro ya clásico sobre el cine, «Fábrica de sueños», muchos de cuyos planteamientos siguen resultando actuales. Ehrenburg estuvo en España por dos veces, una en 1932 y otra en 1936. Luego se convirtió en uno de los nombres importantes de la literatura oficial, obtuvo dos veces el premio Stalin —«La caída de París» y «La tempestad»— y llegó a ser miembro del Soviet Supremo. De 1921 a 1939 había sido corresponsal de prensa

en París. A la muerte de Stalin escribió «El deshelo», su obra reciente más popular, traducida a varios idiomas y editada en España. Sus memorias, tituladas «Primavera, pueblo y vida» aparecieron durante cinco años —de 1961 a 1965— en la revista «Novy Miro». Ehrenburg era, en virtud de sus abundantes y prolongados viajes, uno de los escritores más europeos de la literatura soviética. Sus novelas «El amor de Juana Ney» y «Callejuela de Moscú» valen la pena de ser releídas a los cuarenta años de su publicación.